



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Comunidad de destinos

Autor: Weinberg, Gregorio

Forma sugerida de citar: Weinberg, G. (1990). Comunidad de destinos. *Cuadernos Americanos*, 3(21), 121-128.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año IV, Núm. 21, (mayo-junio de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## COMUNIDAD DE DESTINOS

Por *Gregorio* WEINBERG  
ENSAYISTA ARGENTINO

EN EL SIMPOSIO para la Integración Latinoamericana por la Educación y la Cultura, convocado por la UNAM, en México, en oportunidad del Bicentenario del nacimiento de Andrés Bello, y que presidió don Leopoldo Zea, nos planteamos cuáles fueron las razones que hicieron que la unidad de origen —sobre la cual tantos lugares comunes suelen decirse y tanta retórica abunda— haya llevado a una diversidad de destinos, y que hoy esa misma diversidad de desarrollos esté reclamando una unidad de destinos o, como preferimos decir hoy, una *comunidad de destinos*. Renovados son los factores que estimulan una reflexión sobre el tema, para empezar, el 500 Aniversario del Encuentro de Dos Culturas, la formidable Revolución científica y tecnológica en la cual estamos inmersos y dará un panorama totalmente diferente de nuestro mundo dentro de unas décadas, y cuyos rasgos sobresalientes ya intuimos y sentimos. Las dramáticas mutaciones registradas en los países de Europa Oriental en los últimos meses, y también, ¿por qué no recordarlo?, el Bicentenario de la Revolución Francesa han contribuido a su vez a repensar muchos problemas que interesan a los pueblos marginales en sus relaciones políticas con las metrópolis, y la efectiva validez de las declaraciones universales, cuando ellas son proclamadas desde los centros y sin el asentimiento de los pueblos postergados.

Dentro de este espíritu señalábamos que, debajo de aquella aparente unidad de origen latía, en potencia, una diversidad conflictiva puesta de manifiesto a través de contradicciones entre la civilización aborígen y la europea, entre los intereses de la Corona y los de los encomenderos, entre españoles y criollos, entre el monopolio y las nuevas fuerzas productivas trabadas en su desenvolvimiento; una concepción de mundo, la de la Contrarreforma, in-

satisfactoria para abarcar la inédita y compleja realidad, los nuevos hombres y problemas desconocidos. Es lo que nosotros llamamos *cultura impuesta*, característica esencial de todo régimen colonial.

El estallido de esas contradicciones nos remitió a una diversidad de destinos que la Colonia, por motivos que mal podemos entrar a dilucidar aquí, no estaba en condiciones de mantener integrados. La conformación de los nuevos Estados emergentes de los procesos emancipadores se hace desde dentro y se induce también desde fuera; fuerzas centrífugas y centrípetas actúan a partir del momento de nuestra incorporación al mercado internacional de mercancías, ideologías y valores. Es éste el momento que nosotros denominamos de la *cultura aceptada o admitida*, vale decir que —hechas las honrosas salvedades del caso— acatábamos sus ideas, pautas y concepciones, y muchas de las graves consecuencias económico-sociales que de ellas se inferían; así la división internacional del trabajo, que lleva de este modo a fraccionar el mundo en países productores de materias primas e importadores de manufacturas, generadores de conocimientos y aplicadores de esos mismos conocimientos. Pero eso, en última instancia, implicaba pueblos inferiores y pueblos superiores, pueblos avanzados y pueblos atrasados, sea desde el punto de vista económico, biológico o cultural, lo que implícitamente a su vez acarrea frustraciones y fatalidades plurales. Durante este segundo momento se fortalece una concepción europecéntrica, marginalizadora y excluyente.

Luego de la crisis de 1930 aquel modelo instaurado a su vez entra en colapso. Las relaciones "naturales" y "lógicas" comienzan a desintegrarse en mayor o menor grado, aunque algunos síntomas ya hacían presentir ese resquebrajamiento desde años antes, así las intuiciones de ciertos intelectuales muy sensibles y perspicaces; el espíritu crítico siempre se anticipa. Pero la magnitud de la crisis se ahonda pues ya no se trata sólo de las naciones emancipadas durante el siglo XIX, las que deben redefinir su inserción en el desquiciado contexto internacional; después de la Segunda Guerra Mundial irrumpen decenas de países nuevos, hasta entonces coloniales o dependientes, cuando no llamados eufemísticamente "protectorados", situación ésta que trastorna todo el mapa político y también, ¿por qué no?, de las ideas y de la cultura del planeta. Este momento, un verdadero rompecabezas con piezas de muy desigual tamaño y muy diferentes valores y fuerzas, es el que denominamos el de la cultura *criticada o discutida*, precisamente por carecer de un modelo paradigmático que sirva de punto de refe-

rencia, no digamos único, pero sí aproximado; el acatamiento de las mencionadas pautas tradicionales constituía en sí mismo ya un anacronismo.

Ahora bien, todas estas etapas a su vez están signadas por contradicciones ínsitas que, en el campo más estricto de las ideas que es el que aquí nos importa señalar, se caracteriza por su esfuerzo, admirable por cierto, por comprender la originalidad de la realidad existente; es la actitud crítica que advertimos, por ejemplo, durante el comienzo mismo de la Colonia, en un Bartolomé de Las Casas, precursor, entre nosotros, de los derechos del hombre; Vasco de Quiroga, labrador de su dimensión utópica y quien sigue venerado aún en nuestros días; Bernardino de Sahagún, padre de las ciencias del hombre y adelantado de las ideas de pluralismo cultural o el jesuita "ilustrado" Francisco Xavier Clavigero, defensor acérrimo de la dignidad de nuestros pobladores indígenas y de la dignidad de la Naturaleza americana, menoscabadas por hombres como De Pauw, y tantos otros "sabios".

Durante el segundo momento, y dejando de lado por suficientemente conocidas las ideas de los libertadores, recordemos un puñado de hombres como Andrés Bello, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, etcétera, quienes se preocuparon y lucharon también por la *emancipación mental*.

Para el tercer momento, es decir el esfuerzo por latinoamericanizar nuestros países, por zafarnos de las ideas europeocéntricas que se aceptaban como moneda corriente de admitido prestigio y valor de cambio, contra la nuestra injustamente más desmerecida que devaluada, mencionaremos aquí los nombres de José Vasconcelos y José Ingenieros durante las primeras décadas de la centuria, más tarde José Carlos Mariátegui y Leopoldo Zea en los últimos decenios; y no es casual la creciente influencia ejercida por estos dos últimos en la toma de conciencia de la especificidad de nuestros problemas, su crítica al europeocentrismo excluyente, y cuyo pensamiento tiene clara proyección política; por eso los adopto como referencia sin que ello signifique menoscabo para hombres como Pedro Henríquez Ureña, de influencia más ceñida quizás a lo específicamente cultural. En Mariátegui, como en Zea, lo cultural se integra en lo político, tomado este concepto en el sentido más trascendente del vocablo. Por eso Zea precisamente expresó que "nuestro tiempo contemporáneo requiere una lectura política del futuro de nuestros países, sin menoscabo de las peculiaridades nacionales, y demuestra su capacidad de construir mecanismos glo-

bales de acuerdo y concertación''. Es lo que nosotros denominamos el esfuerzo integrador por forjar una comunidad de destinos.

Mas para tener una clara idea del clima espiritual contra el cual debieron reaccionar y los prejuicios que debieron disipar, permítanos retroceder un tanto y reflexionar acerca de la imagen del mundo. Y esto importa, a nuestro juicio, porque nuestro razonamiento apunta a desentrañar las causas que traban el desenvolvimiento de nuestras ideas latinoamericanas, a entender esa comunidad de destinos a la cual nos estamos refiriendo con machacona reiteración.

Como muchas de las ideas críticas y liberadoras a las que nos estamos refiriendo por fortuna están o ya se están incorporando al bagaje intelectual latinoamericano, solemos olvidar cuán nuevas son y cuánto costó imponerlas. Retrocedamos en el tiempo y veamos, como ilustración de lo que estamos diciendo, algún ejemplo para reflexionar.

En 1937, el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, organismo especializado de la Sociedad de las Naciones, y precursor de la actual UNESCO, publicó un libro titulado *Hacia un nuevo humanismo*, donde se recogen trabajos y debates de un grupo muy representativo de los intelectuales de la época. Entre los asistentes mencionaremos los nombres ilustres de Georges Duhamel, Joseph Huizinga, Salvador de Madariaga, Thomas Mann, Jean Piaget, Paul Valéry, y algunos otros, entre los cuales se contaba un solo norteamericano. Un simple análisis de la nacionalidad de los participantes nos advierte la total ausencia de latinoamericanos, africanos y asiáticos. Vale decir, se observa la comparecencia casi excluyente de europeos, quienes, como de su lectura se infiere, pretendían ser representativos de los intereses y aspiraciones de todo el mundo y trataban de legitimar esa posición de privilegio. Alguno hasta llegó a hablar de "pueblos exóticos" al referirse a los pueblos extraeuropeos, y por su lado Salvador de Madariaga intentó introducir, tímidamente y sin éxito, referencias a la cultura asiática. En suma, del volumen se desprende un espíritu etnocéntrico, provinciano en el fondo, indiferente a aquella sagaz recomendación de un pensador francés del siglo XVIII, el fisiócrata P. S. Dupont de Nemours, cuando alertaba sobre los riesgos implícitos en la actitud de confundir nuestro horizonte mental con los límites del mundo.

Y con referencia a las inquietudes acerca de las repercusiones de la ciencia y de la técnica sobre la sociedad y las ideas —punto

expresamente enunciado en el temario— aceptaban darse por satisfechos con las recomendaciones de uno de ellos, quien insistió sobre el mejor conocimiento de Euclides y, sobre todo, de la Geografía, “que conduce al estudio de la vida social”, como si esto último pudiese compensar la estrechez de su *Weltanschauung*. Esto, insistimos, hace apenas un poco más de medio siglo! A primera vista, las sensacionales contribuciones de A. Einstein y M. Planck, para citar sólo dos gigantes, podían ignorarse, pues poco y nada parecían tener que ver con la concepción del mundo y del humanismo.

En la mayoría de los trabajos, como cabía conjeturar, se recomendaba intensificar la enseñanza y profundizar el conocimiento de las lenguas clásicas, griego y latín, en especial de la segunda, como instrumento idóneo además para superar las dificultades e incomprendiones, convirtiéndose en una “lengua franca” de una Europa lingüísticamente fragmentada. Del sánscrito, por supuesto, ni noticias; no se recuerda su existencia y por tanto tampoco su innegable carácter formativo y que su área de influencia abarca cientos de millones de seres humanos.

Desde otro ángulo, no menos llamativo, juzgamos la ausencia de la palabra *crisis* (hoy convertida casi en lugar común) y que según nuestro escrutinio sólo se menciona en uno de los trabajos presentados.

Es propósito nuestro, más que rescatar consideraciones y opiniones sagaces, que allí se expusieron por cierto y abundantes, indicar sus limitaciones más generales advertidas; aludimos a las dificultades conceptuales para concebir *una efectiva universalidad e integrar los conocimientos científicos al humanismo*.

Seguían enredados en una sublimación del humanismo limitadamente libresco pero sobre todo europeocéntrico, eurocentrismo que, conwegamos, constituía una prematura e ilegítima universalización, que es algo bien distinto de una auténtica universalidad, hoy cada vez más factible si poseemos el coraje intelectual de desembarazarnos de prejuicios arcaicos y sofocantes lugares comunes y nos asomamos al vértigo de nuestro mundo actual. Además, advertimos en aquel humanismo caracteres por momentos demasiado apolíneos e incapaces de asimilar los dionisiacos que caracterizan nuestro tiempo.

Otro ejemplo que podríamos traer a colación sería la *Historia de la cultura occidental*, de H. Boekloff y F. Winzer (Ed. Labor, Barcelona, 1966), donde nuestra América queda relegada al Oriente

por diferentes razones, inaceptables todas ellas, y que hoy no podemos criticar en todos sus detalles.

La muy desigual distribución de la riqueza, del poder, del conocimiento, que caracterizó siempre las diversas etapas de la historia, vuelve a repetirse hoy, agravada, y es uno de los aspectos que más preocupan a nuestros países. Las sociedades hegemónicas han alcanzado niveles de desarrollo que muy difícilmente podrán lograr nuestros países en tanto perduren estas desigualdades e injustos puntos de partida, esta despareja inserción en el concierto internacional. Las mencionadas divergencias no son "naturales" ni son "fatales" sino que están históricamente condicionadas. Por ello constituye uno de los desafíos que debemos asumir para desentrañar cuáles son los obstáculos, cuáles los impedimentos materiales y espirituales, para superarlos.

Hablemos ahora de lo que nos afecta más de cerca; nuestros países latinoamericanos, durante siglos marginales a las grandes decisiones y a los que hoy, por una vergonzante conmiseración catalogadora, se nos distingue como en "vías de desarrollo"; o si procuramos estar más al día, por lo menos en materia de calificaciones y valoraciones, advertiremos que aparecemos simplemente como países "deudores" o "endeudados". Aquella marginalidad a la cual antes aludimos prolongóse por un largo lapso que excedió, con creces, el de su carácter nacional y dependiente, y del cual embarazoso, cuando no imposible, parecía zafarnos. Las dificultades suelen incrementarse cuando queremos enfrentar este desafío y aspiramos a transformarnos en protagonistas con derechos y voces propias. Todas estas denominaciones —nos referimos, claro está, a la de *marginales* y a la de *deudores*— persisten y adquieren un claro sentido político, social y económico que además, y por extensión, suele aplicarse a las esferas culturales, educativas y artísticas.

A todo esto deberíamos sumar lo que diversos órganos de las Naciones Unidas han comenzado a llamar la "deuda social", es decir, la carga dramática a que están sometidos nuestros pueblos por la postergación en satisfacer sus necesidades básicas en materia de alimentación, vivienda, salud, educación, empleo, etcétera. Esta "deuda social", a la cual todavía no se le ha prestado suficiente atención, y que en bien pocos casos se ha intentado cuantificar adecuadamente, es tanto o más grave que la deuda financiera externa e interna que tienen nuestros países.

En suma, nuestra comunidad de destinos en gran parte se vinculará a la capacidad de los países latinoamericanos por hacer reco-

nocer que esa "deuda social" no sólo genera tensiones, rebaja dramáticamente los niveles de existencia y constituye una amenaza; simultáneamente traba, encarece y entorpece el desarrollo más equitativo de nuestras sociedades.

Con la brevedad que las circunstancias imponen, recordemos que gran parte de la crisis contemporánea cabalga sobre una constelación de ideas que están haciendo agua desde hace tiempo. Nos referimos, más en particular, a la supuesta universalidad de muchas categorías mentales empleadas, que no son otra cosa que una engañosa y prematura proyección de ciertas ideas europeocéntricas, las que sólo expresan una de las tantas variedades de etnocentrismo que caracteriza el proceso histórico de la humanidad. Distintas razones han contribuido a intensificar el desarrollo desigual, el que, sobre todo desde hace medio milenio, ha beneficiado a determinados países hoy llamados centrales, y no han sido por cierto la menor de sus causas la ocupación y la explotación de lo que más tarde llamaríamos los imperios coloniales. Sin entrar en mayores sutilezas —e innecesario es abordarlas aquí— recordemos que las riquezas extraídas de América posibilitaron fortalecer ese europeocentrismo, y al mismo tiempo dicho europeocentrismo, que algunos llaman Occidente, se fue consolidando marginándonos y endeudándonos material y espiritualmente.

Ahora bien, a partir de la segunda posguerra, comienza a ponerse cada vez más seriamente en duda el valor universal de dichas ideas o categorías que, insistimos, no eran otra cosa que occidentales. Los pueblos de la periferia comenzaron a descreer de su validez, observaron ciertos falseamientos, y contribuyeron primero a relativizarlas para más tarde discutir las o negarlas. No estamos objetando, adviértase bien, dichas ideas por ser occidentales, como nadie pretende impugnar otras ideas por ser americanas, asiáticas o africanas; lo que queremos significar es que se discuten porque pretenden ilegítimamente ser universales, desatendiendo las particularidades. Es decir, se fueron elaborando primero con descuido de las características, las necesidades, las modalidades, las especificidades de las restantes regiones del globo; y luego se trató de imponerlas, marginándonos como protagonistas y como creadores. Así como nos parece poco lógico hablar de la comunidad internacional como de un todo orgánico e integrado sin intereses contrapuestos (cuando en la práctica se pretende marginar a la gran mayoría de la población mundial), advertimos cuán ilegítimo es hacerlo cuando se desatienden los requerimientos de los países del resto

del planeta. Las necesidades, o las urgencias si se quiere mejor, democratizadoras del ámbito nacional de aquel siglo XVIII en Francia, al cual aludimos, se asemejan a las necesidades y a las urgencias democratizadoras del ámbito internacional. También nosotros queremos dejar atrás, con urgencia, este *Ancien Régime* que estamos viviendo; necesitamos también dejar atrás las desigualdades y los supuestos fatalismos para alcanzar un nuevo Orden Internacional, con democracia, con desarrollo y con equidad.

La profunda crisis en la cual estamos inmersos, que es —ninguna duda cabe al respecto, ni se interprete que recurrimos a una calificación retórica o efectista— la más profunda que registra la historia de la humanidad, tanto por su extensión como por su espesor, como diría Braudel, abarca todos los pueblos y todos los estratos sociales. Ahora bien, esta particular circunstancia implica a su vez un desafío para recomponer, realmente, una nueva y más efectiva universalidad que no desvirtúe su identidad y al mismo tiempo asegure su participación como protagonistas. Un mundo que por lo menos pretenda irse integrando no puede admitir marginales ni postergados; y la historia de la civilización debe reconocer a todos los pueblos sus aportes y sus derechos a forjar un propio destino.

Y para finalizar, citemos a Théophile Obenga, historiador africano, quien sostiene que debemos contribuir, entre todos, a “desalinearse la cultura mundial”, es decir, reconocer los errores y las flaquezas, llámense éstas conformismos universitarios, tabúes académicos, tradiciones paralizantes, egocentrismos y falsos sentimientos de superioridad. “Sólo esta actitud nos permitirá identificar *todos* los patrimonios históricos y culturales, sin falsificaciones ni excepciones, sin mala fe y sin acrimonia. Veamos nuestras semejanzas porque todos estamos amasados de tiempo y de historia, de tiempo de historia”.